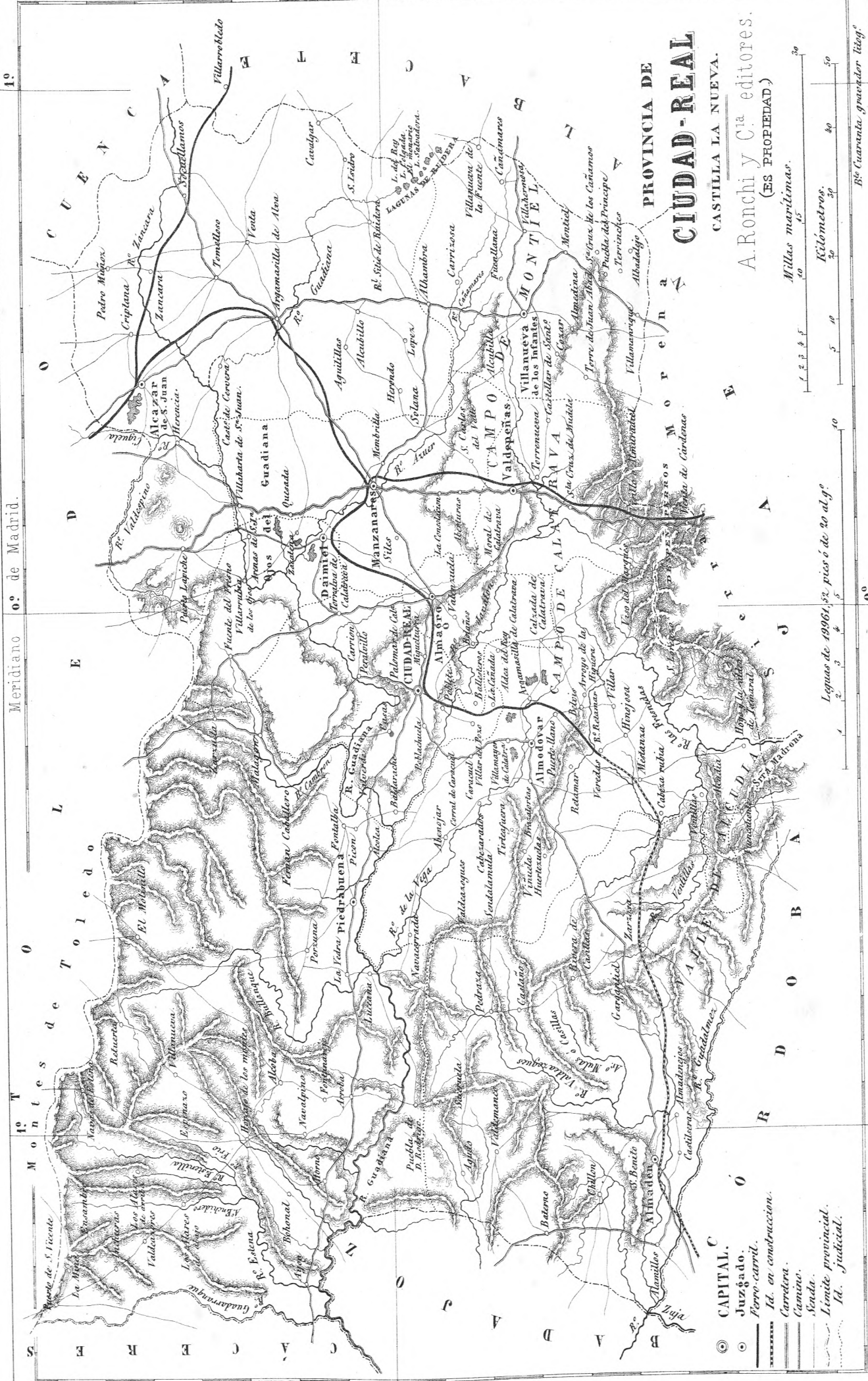


PROPIEDAD EDITORIAL.

Meridiano 0° de Madrid.

1°

59°



PROVINCIA DE
CIUDAD-REAL

CASTILLA LA NUEVA.

A. Ronchi y Cia editores.
(ES PROPIEDAD)

Millas marítimas.

Kilómetros.

Leguas de 19961,32 pies ó de 20 al g°

Se Cuarenta, guardador litog.

- ⊙ CAPITAL.
- Juzgado.
- Ferro-carril.
- Id. en construcción.
- Carretera.
- Camiño.
- Senda.
- Limite provincial.
- Id. judicial.





A LA EXCELENTÍSIMA

DIPUTACION PROVINCIAL

DE CIUDAD-REAL,

Y AL EXCELENTÍSIMO AYUNTAMIENTO CONSTITUCIONAL

DE ESTA NOBLE CIUDAD,

DEDICAN LA PRESENTE CRÓNICA GENERAL

DE ESTA PROVINCIA,

EN TESTIMONIO DE ALTA CONSIDERACION,

LOS EDITORES.

CRÓNICA DE LA PROVINCIA DE CIUDAD-REAL.

PRÓLOGO.

HAN sido tantas y tan grandes las dificultades que hemos tenido que vencer para trazar la crónica de la provincia de Ciudad-Real, que si se hubieran presentado á nuestra imaginacion ántes de emprender el trabajo, hubiéramos indudablemente desistido de él por la imposibilidad absoluta de escribir una historia sin datos ni antecedentes, y sin otro auxilio que el mezoquino que pueden prestar los diccionarios, y las escasas noticias que de esta provincia dá la historia general de España; pero afortunadamente contábamos en ella con algunos amigos, y gracias al interes que se han tomado en suministrarnos antecedentes, hemos podido dar cima á un trabajo superior á nuestras limitadas fuerzas, redactando una crónica, que si bien pobre en mérito literario, llevará el sello de la exactitud; la cual, con objeto de presentar los hechos de un modo claro, y evitar repeticiones siempre enojosas ú omisiones, que aunque al parecer insignificantes, suelen ser de trascendencia, hemos creído deber subdividir en tres partes.

En la primera, despues de buscar el origen de los actuales moradores de las márgenes del Guadiana, consideraremos la Mancha en todas sus fases y vicisitudes, haremos una ligera reseña de ella bajo todos conceptos, daremos un resúmen de la historia de las Ordenes militares, deteniéndonos algo más

en la de Calatrava, y concluiremos manifestando el motivo de la creacion de la Santa Hermandad; la segunda estará exclusivamente destinada á la estadística de la provincia; y la tercera será un verdadero diccionario histórico de todos los pueblos de la misma, desde su fundacion hasta nuestros dias, seguido de un apéndice ó sea del itinerario de unos puntos á otros, á fin de que el viajero que se proponga recorrerla pueda hacerlo en todas direcciones sin necesidad de dirigir á nadie la menor pregunta.

Tenemos la conciencia de la escasez de nuestras fuerzas para tratar un asunto de tanta monta, digno por cierto de mejor pluma, pero estamos tambien convencidos de que esta falta, bien ajena de nuestra voluntad, nos será perdonada en gracia á nuestros buenos deseos; cabiéndonos al propio tiempo la satisfaccion de que nuestro trabajo, que no ha dejado de ser ímprobo y espinoso, léjos de ser inútil, podrá servir de mucho, para que otros con más copia de luces y con mayor erudicion que nosotros, puedan ampliar y hasta perfeccionar la historia de esta provincia.

JOSÉ DE HOSTA.

Madrid, diciembre de 1865.

PARTE PRIMERA.

CAPÍTULO PRIMERO.

De los primitivos habitantes de la provincia de Ciudad-Real hasta la dominacion cartaginesa.

NADA tan aventurado como pretender fijar de una manera terminante cuáles fueron los puntos de España donde sus primeros pobladores fijaron su morada, porque no habiendo quedado documento ni vestigio alguno de que pueda colegirse, cuanto se ha escrito sobre el particular sólo puede fundarse en conjeturas más ó ménos probables. Sin embargo, lo más lógico á nuestro humilde juicio es, que debiendo ser el número de aquellos sumamente exíguo, estuvieran divididos en familias, ó á lo sumo en tribus, y que no teniendo otro medio de subsistir que la caza y la pesca, ni pudiendo cubrir su desnudez sino con pieles, buscasen las orillas del mar y de los rios, como puntos más apropósito para satisfacer sus necesidades, extendiéndose por el interior á medida que la poblacion aumentaba.

Si en efecto fué así, no debe quedarnos duda de que, siendo el Guadiana uno de los rios más caudalosos y abundantes de pesca, sus márgenes fueron pobladas por los aborígenes, y que de ellos descienden directamente los manchegos; pero como esto no pasa de una suposicion, aunque al parecer muy fundada, fuerza es que hagamos una incursion en la historia general de España en busca de una luz que nos ayude á descubrir, ya que no los primitivos, á lo ménos los primeros pobladores conocidos, de esta parte de España; pero lo haremos con toda la concision que nos sea posible; y pasando por alto muchos de los hechos más culminantes, nos fijaremos únicamente en aquellos que puedan conducirnos al objeto indicado.

CIUDAD-REAL.

Vivian los españoles felices en su país, é ignorados probablemente del resto del universo, cuando los fenicios, único pueblo culto en aquellos tiempos, impedidos por su genio emprendedor y aguijoneados por la sed del oro, que creyeron oculto en las entrañas de nuestro suelo, arribaron á él, y despues de haber fundado algunas colonias en la costa, se extendieron por casi todo el litoral del Mediterráneo, sin experimentar resistencia alguna de parte de los indígenas, quienes al contrario, estaban muy contentos, pues engañados con las insignificantes baratijas que les daban en cambio de oro, plata y otros metales cuyo valor era á estos desconocido, no preveian que aquel tráfico les sería sumamente perjudicial, como en efecto lo fué, porque no satisfechos estos importunos huéspedes con tan lucrativo comercio, se internaron en el país, lo ocuparon casi todo, lo explotaron á su satisfaccion, y habrian concluido por devastarlo, tal era su ambicion, si los españoles, algo más civilizados ya, no se hubieran lanzado contra sus orgullosos y sedientos opresores, y despues de una lucha tenaz, logrado arrojarlos de su seno y sacudir el ominoso yugo que hacía cerca de ochocientos años pesaba sobre ellos.

CAPITULO II.

Desde la dominacion cartaginesa hasta los godos.

Los cartagineses, no ménos ambiciosos, pero mucho más falsos é hipócritas que los fenicios, se presentaron en nuestras costas pidiendo con la mayor urbanidad y cortesanía se les permitiera desembarcar y esta-

blecer algunas factorías, y jurando por sus dioses que su único objeto era hacer el comercio, formar alianza y trabar amistad con un pueblo tan esforzado como el ibero, que habia sabido arrojar lejos de sí al más guerrero del Universo. Los españoles, tan sencillos como valientes, tuvieron la debilidad de dar crédito á estas mentidas protestas, pero no tardaron en conocer el valor de la fé púnica, por cuanto estos pérfidos africanos, despues de haber convertido con la mayor cautela sus almacenes ó factorías en verdaderas plazas fuertes, llamaron un cuerpo de ejército, que conducido por Aníbal, invadió bruscamente el país. Sorprendidos sus moradores con tan inesperada agresion, apenas opusieron resistencia, y Aníbal se hizo dueño de casi todo el suelo ibero en ménos de nueve años.

Celoso el pueblo-rey de los progresos del cartagines en España, envió contra él un poderoso ejército con la órden no sólo de atajarle en sus conquistas, sino de arrebatarle el terreno invadido y reducir la Iberia á una provincia romana; pero esto era mucho más fácil ordenarlo que ponerlo en ejecucion, por cuanto los cartagineses ni eran cobardes ni estraños al arte de la guerra. Defendieron, pues, el terreno palmo á palmo, y los españoles, unos engañados por los cartagineses, se declararon aliados suyos, y otros, no viendo en los romanos conquistadores sino amigos que acudian en su auxilio para ayudarles á reconquistar la independencia, se pusieron al lado de estos; de lo que resultó, que haciéndose entre sí la guerra más encarnizada, se despedazaron unos á otros, y forjaron con sus propias manos las cadenas que debian oprimirlos.

Muchos años duró esta lucha gigantesca entre las dos primeras naciones del mundo, pero habiendo por fin logrado los romanos, en fuerza de pérdidas enormes, arrojar á los cartagineses al otro lado del Mediterráneo, quedando pacíficos poseedores de la España, la dividieron en provincias.

El Senado envió á ellas procónsules que las gobernarán en su nombre, y aunque estos abusaron algunas veces de su posicion convirtiéndose en verdaderos tiranos para satisfacer su sed de oro, fuerza es confesar que su gobierno fué en lo general sumamente benéfico para la España: edificáronse pueblos enteros é infinitud de monumentos, cuya solidez, desafiando á la accion destructora del tiempo, nos los ha conservado para que admiremos el buen gusto y el poder de Roma: creáronse universidades y escuelas gratuitas para que los hijos del pueblo pudieran recibir educacion: cultiváronse las artes y las letras, y habiéndose las puertas del Foro, del Senado y del Capitolio abierto de par en par á los españoles, dió la España á la capital del mundo hombres, cuya fama póstuma, como Trajano, Adriano, Marco-Aurelio, los dos Sénecas, Lucano, Marcial y otros, nos llena todavía de orgullo; no siendo por cierto el país de los laminitanos y de los oretanos, que habitaban las márgenes del Guadiana, el que ménos ventajas recabó de la dominacion romana, como tendremos lugar de ver en la parte histórica. Empero á tanta prosperidad y bienandanza siguió una guerra de exterminio para la cual no estaban prevenidos los españoles.

Hasta aquí la sed de oro y la ambicion de gloria

habian conducido á los extranjeros á España, mas los que ahora la invadieron no fueron conquistadores, sino fieras carnívoras que se alimentaban de sangre. Los francos, venidos de la otra parte del Rhin, se pasearon por varias provincias talando y robando impunemente cuanto encontraban, y, sin embargo, los doce años que duró esta plaga no fueron sino el preludio de los males que estaban á España reservados.

Apénas la dejaron libre los francos para irse á la Mauritania, cuando gracias á la debilidad del emperador Honorio, se vió invadida por una nube de salvajes lanzada del infierno para azote del género humano: no hubo provincia ni pueblo de Europa que no sintiera sus estragos, pero la España fué la que más sufrió. Los vándalos y silingos por la Bética, los suevos en Galicia, Leon y Castilla, y por consiguiente en el país de los laminitanos y de los oretanos, los alanos en Portugal y despues los godos, que se extendieron por todas las provincias esparciendo el horror, la desolacion y cuantas plagas pueden caer sobre un pueblo, y con ellos la guerra, el hambre, la peste y las bestias carnívoras, atraídas por el olor de los cadáveres, transformaron nuestro hermoso y fértil suelo en un verdadero desierto.

Miéntas los bárbaros, á manera de fieras, luchaban entre sí sobre quién habia de devorar la presa, los españoles, víctimas de aquella ferocidad, y olvidados del valor que habia distinguido á sus antepasados, miraban atónitos la cuchilla con que iban á ser inmolados, sin pensar siquiera en desviar el golpe por medio de la resistencia.

Despues de los infinitos vaivenes de la guerra que entre sí se hicieron los bárbaros, el abatimiento de los vándalos, suevos y alanos por una parte, y la forzosa concesion de Roma por otra, facilitaron á los godos el establecerse sólidamente en España, donde fundaron una monarquía.

CAPITULO III.

Dominacion goda.

TANTO Ataulfo, primer rey godo que ciñó la corona en 411, como todos sus sucesores, se dedicaron con la mayor asiduidad á cicatrizar en lo posible las profundas llagas que los bárbaros habian abierto en el seno de esta nacion; reedificaron muchos de los monumentos incendiados ó destruidos por estos, y dictaron leyes humanitarias; con lo cual y con las máximas del Evangelio, que durante la dominacion romana habian echado ya profundas raices en España, el carácter de los españoles cambió casi por completo, pues de fieros y semi-salvajes que eran cuando las guerras de Sagunto y de Numancia, se hicieron finos, galantes y hasta casi afeminados. Los laminitanos y los oretanos, en particular estos que contaban ya doce ciudades en el perímetro que hoy ocupa la provincia de Ciudad-Real, no fueron los que ménos tuvieron que agradecer á los godos, pues visitados á menudo por los principales de la corte, á causa de la bondad de sus aguas minerales, al regresar á ella abogaban por

estos pueblos, y de aquí el que se levantaran en este país un número considerable de suntuosos edificios, que, si bien maltratados por el tiempo, ostentan aún la gallardía del estilo gótico, como veremos en su lugar.

Empuñaba el cetro godo D. Rodrigo, su trigésimo sexto y último rey, cuando no pensando el conde don Julian, gobernador que era de Ceuta, más que en satisfacer la sed de venganza, aunque fuese por medio de una villanía, celebró con los sarracenos un tratado en virtud del cual estos, conducidos por Tarik, desembarcaron en la isla Verde el 28 de abril del año 714, y despues de haber arrollado las escasas fuerzas que Teodomiro pudo oponerles, se dirigieron á Sevilla. Apénas D. Rodrigo tuvo noticia de tan inesperada invasion, reunió cuantas fuerzas pudo, y con ellas, aunque mal armadas y peor disciplinadas, salió al encuentro del musulman, á quien presentó batalla en las márgenes del Guadalete, en el sitio que hoy ocupa Jerez de la Frontera. Admitida por Tarik ó Tarif, su primera embestida fué terrible, pero habiéndola resistido los godos con impavidez, la victoria parecia inclinada á estos, cuando pasándose al enemigo con las fuerzas que mandaban D. Opas y los hijos de Witiza, segun la mayor parte de los historiadores (aunque la Crónica árabe guarda en esto silencio con objeto tal vez de dar más realce á la victoria), los godos fueron completamente derrotados, su rey D. Rodrigo perdió en la refriega el cetro y la vida, y entregándose aquel desmoralizado ejército á la más vergonzosa fuga, abandonó al sarraceno, no sólo el campo, sino el reino todo. Tarik dividió inmediatamente sus fuerzas en tres cuerpos; el primero se dirigió á Córdoba, el segundo á Málaga, y atravesando él con el tercero el actual reino de Jaen, no se detuvo hasta llegar al pié de los muros de Toledo, en cuyo regio alcázar penetró el 11 de octubre del mismo año 714. Dícese que al cruzar las vastas llanuras que separan el reino de Jaen de los montes de Toledo, preguntó cómo se llamaba aquella tierra, y habiéndole contestado que eran los campos espartarios, repuso que en efecto era *Manxa*, palabra árabe que significa tierra seca, y de aquí vino el nombre de *Mancha*, corrompido sin duda por la dificultad que los españoles experimentarían en pronunciar la *x* gutural de los árabes; de lo que se desprende que la Mancha fué incorporada al reino de Toledo, y no al califato de Córdoba, como algunos quieren suponer.

Habiendo los árabes recibido considerables refuerzos, se derramaron por toda España, la cual ocuparon sin hallar resistencia formal, ménos en las montañas de Astúrias que los naturales supieron defender.

CAPITULO IV.

Dominacion árabe.

Esta rapidez de los árabes en sus conquistas corresponde á la juventud de una nacion victoriosa, que no encontraba delante de sí más que pueblos degradados; y las relaciones que tenemos de la magnificencia de

los soberanos de la Península, al paso que tienen todo el aspecto de la fábula, están apoyadas en el testimonio de los monumentos que nos han dejado. La crítica juiciosa de algunos historiadores, busca el fundamento de una opulencia que no tiene comparacion con la de ninguno de los actuales soberanos de Europa, en la feracidad de un suelo beneficiado con tanta inteligencia como perseverancia, pues que los árabes, ademas de su gran adelanto en las ciencias, eran considerados como los primeros agricultores del mundo, de lo que nos han dejado señales irrefragables en las acequias de regadío que fertilizan las vegas del Guadalquivir, del Guadiana, del Genil y del Júcar, las cuales alimentaron en su tiempo una poblacion que hoy parece exagerada á los que recorren sus solitarias riberas. Abderramen, y cuantos en su tiempo y despues de él empuñaron las riendas del gobierno, se dedicaron con el mayor empeño al cumplimiento de los deberes regios, del que nunca los distrajeron ni su magnificencia ni su amor á los deleites. Penetrados de la necesidad de la paz para mejorar la condicion de los pueblos, procuraron adquirirla por medio de alianzas y permitiendo el matrimonio entre mahometanos y cristianos; y la dulzura de las costumbres con la propension á los goces de la vida, contribuyeron tambien poderosamente á aumentar el estado de prosperidad de España. Un comercio activo entre sus puertos y los del Asia menor, Grecia y Bizancio, daba fácil salida á las producciones del país, en cambio de algunas otras de lujo; y el bello sexo, libre de los austeros y crueles usos del Oriente, ascendió de la esclavitud al trono, y contribuyó por su parte á civilizar las costumbres, perfeccionando el arte de agradar, siendo por consiguiente necesario adquirir su posesion por medio de torneos marciales, don que recibió entonces el resto bárbaro de Europa de la civilizada España. Cuanto la imaginacion puede abarcar de magnífico y suntuoso en los palacios de los reyes, de gusto y urbanidad en los usos de los particulares, cuanto nos ofrece la ilustracion moderna en sus adelantos, nada iguala al espectáculo grandioso de los árabes en España, precisamente cuando todo el Occidente yacia sumido en las más densas tinieblas. Doce mil soldados de caballería, armados de cimitarras con puños de oro, y equipados con la más brillante suntuosidad guerrera, acompañaban á Abderramen siempre que salia de su palacio; magnificencia que no causa extrañeza al contemplar los monumentos de arquitectura, conservados para acreditar su poder y su lujo; entre los cuales son dignos de admiracion la hoy catedral de Córdoba y la Alhambra de Granada, sin contar los acueductos, las calzadas y otras obras de utilidad pública, que á cada paso detienen al viajero induciéndole á reflexionar sobre las vicisitudes de las naciones, por ser apénas concebible que un pueblo tan culto y tan ilustrado en el siglo xv, sea en el xix el más degradado y embrutecido tal vez del mundo civilizado.

No se crea, empero, que por haber permanecido en España por espacio de 778 años, si contamos del 714 en que vinieron por primera vez, hasta el 1492 en